

TD(X)/Misc.6  
14 de febrero de 2000

ESPAÑOL  
Original: INGLÉS

CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS  
SOBRE COMERCIO Y DESARROLLO  
Décimo período de sesiones  
Bangkok, 12 a 19 de febrero de 2000

### DEBATE INTERACTIVO

Orador principal: Sr. Enrique Iglesias,  
Presidente, Banco Interamericano de Desarrollo

### RESUMEN

Preparado por la secretaría de la UNCTAD. No es un documento oficial

#### I. DECLARACIÓN PRINCIPAL

El Sr. Iglesias subrayó la necesidad de dar respuestas adecuadas a la mundialización a escala nacional e internacional y establecer normas que puedan ayudar a hacerla lo más equitativa posible. Merece tenerse en cuenta a este respecto la experiencia histórica de América Latina.

En el decenio de 1950, Raúl Prebisch y los economistas de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPALC) desarrollaron un paradigma que divergía del planteamiento neoclásico en varios sentidos importantes. Denunciaban la desigualdad existente en la relación entre el centro y la periferia de la economía mundial, pedían reformas estructurales y apoyaban las estrategias de sustitución de importaciones. Estas ideas han dado forma a la arquitectura general de los organismos de las Naciones Unidas dedicados a cuestiones económicas y sociales y dieron lugar al establecimiento de la UNCTAD.

GE.00-70113 (S)

BKK.00-166 (S)

América Latina, que durante algunos años había experimentado un crecimiento satisfactorio, tenía su propio paradigma que proponer al mundo. La UNCTAD figuraba entre sus defensores más firmes.

El llamado "decenio perdido" que se inició a mediados de los años setenta con la primera crisis del petróleo estuvo influenciado por factores internacionales. Entre los primeros cabe mencionar la inflación y la inestabilidad, contra las que carecían de respuestas políticas adecuadas los países. A escala nacional, durante el período se asistió al agotamiento del paradigma de la CEPALC, con desequilibrios fiscales, políticas monetarias excesivamente permisivas y deficiencias provocadas por el exceso de confianza en la sustitución de las importaciones y una pérdida de competitividad en los mercados mundiales. Se había prestado demasiada atención a las magnitudes nominales de la distribución de los ingresos, y demasiado poca a la educación, la salud y los servicios sociales.

El decenio de 1990 fue testigo de un retorno a la ortodoxia, el llamado "consenso de Washington". En toda la región se controló la inflación, se realizaron reformas fiscales y se revitalizó el proceso de integración regional. El crecimiento se recuperó, cifrándose su tasa media anual en el 3,5%.

Hoy, gobiernos elegidos democráticamente en toda América Latina tienen que hacer frente a los retos de la mundialización, para lo que se necesita un paradigma del desarrollo diferente. El panorama mundial se puede describir diciendo que, a pesar del progreso económico, el crecimiento sigue siendo volátil, la distribución de los ingresos desequilibrada y el desempleo y el subempleo siguen siendo causa de exclusión social. Las reformas han sido insuficientes y no han logrado resolver todos los problemas estructurales.

Las principales cuestiones que es necesario abordar, indicó, son la vulnerabilidad macroeconómica y la vulnerabilidad social. La primera supone la necesidad de doblar la tasa de crecimiento de la región y reducir su volatilidad, aumentar el ahorro interno (para reducir su dependencia de capitales extranjeros a corto plazo) y diversificar verticalmente sus exportaciones (en las que siguen representando un porcentaje desproporcionadamente alto las materias primas).

En cuanto a la vulnerabilidad social, a pesar de los niveles históricamente altos de gasto social de la región, uno de cada tres latinoamericanos vive todavía en la pobreza. Esto demuestra claramente la necesidad de lograr que los programas sociales de los gobiernos sean más eficaces y, en particular, que incluyan a grupos tales como las comunidades indígenas, las minorías negras y la población rural pobre.

Lo que se necesita urgentemente es aprovechar los logros del pasado y, como propone la CEPALC, "reformular las reformas". La estabilidad macroeconómica sigue siendo importante, pero se necesitan nuevos planteamientos de las políticas fiscales y monetarias. Para promover el crecimiento del ahorro interno deben reformarse los sistemas de seguridad social y los mercados de capital. Para aumentar la competitividad de las exportaciones tiene también que abordarse el problema de los "costos nacionales", lo que incluye mejorar la infraestructura y disminuir las ineficiencias del sector público.

La única forma de romper el círculo vicioso de la pobreza es invertir en educación, subrayó el Sr. Iglesias. La diferencia entre Asia y América Latina es sorprendente en este sentido. Igual importancia tienen las políticas destinadas a facilitar la integración del sector informal.

América Latina tampoco puede permitirse quedar fuera de la sociedad del conocimiento que está surgiendo, si quiere mantener su competitividad en los mercados mundiales. Para que esto suceda es necesario forjar alianzas estratégicas entre los gobiernos, el sector privado y la sociedad civil. Hay que redefinir el papel del Estado y en este sentido el buen gobierno sigue siendo uno de los pilares del desarrollo.

La integración económica de América Latina tiene un largo historial de éxitos. Este historial no debe detenerse. Los países de la región deben resistir la tentación del proteccionismo. Se necesitan mecanismos de solución de diferencias y deben establecerse objetivos ambiciosos tales como una moneda común para el Mercado Común del Sur (MERCOSUR).

En cuanto al entorno internacional, el Sr. Iglesias dijo que era necesario abordar las graves asimetrías del sistema multilateral de comercio y finanzas. El fracaso de Seattle, donde los países en desarrollo han sido los principales perdedores, fue una llamada de alerta para un sistema que no se ha adaptado suficientemente al tiempo. Los países industrializados protegen

todavía a sus productores en sectores fundamentales como los textiles y la agricultura. Hay que dar a los países en desarrollo la oportunidad de participar más activamente en la OMC. Es preciso llegar a un consenso en áreas tales como las normas ambientales y laborales, esfera en la que es importante la contribución de la UNCTAD.

La fuerza de las ideas es un activo importante de las Naciones Unidas y de la UNCTAD en particular, dijo el Sr. Iglesias. Citando al escritor mexicano Octavio Paz, concluyó diciendo que el siglo XXI debe ser el siglo de la hermandad y la solidaridad.

## II. DEBATE POSTERIOR

Durante el debate que siguió a la exposición del Sr. Iglesias, se hicieron varias observaciones sobre las características especiales de la región de América Latina. Por ejemplo, se había reconocido muy pronto, en el decenio de 1960, la importancia de la orientación hacia la exportación pero los éxitos iniciales se interrumpieron en el decenio siguiente. Entre los motivos del éxito relativamente menor que tuvo posteriormente la región, en comparación por ejemplo con el sudeste asiático, cabía citar las insuficiencias educativas y la incapacidad de los Estados para desempeñar sus funciones de acuerdo con la evolución de las necesidades. La comunidad internacional había dado también respuestas muy diversas a las crisis financieras de los años ochenta y noventa. A diferencia de la situación reciente, en el decenio de 1980 ni las condiciones internacionales ni la respuesta internacional a la crisis de la deuda sirvieron de fundamento para una rápida recuperación, y de ese modo se generó una crisis del desarrollo.

Una cuestión que despertó un interés considerable entre los participantes en el debate posterior fue la importancia de la dimensión regional y subregional. Se indicó que la integración regional era importante para el desarrollo por distintos motivos. Favorecía considerablemente la participación de los países miembros en la economía mundial y aumentaba la efectividad de éstos en los foros internacionales. Ampliaba los mercados y se convertía en un factor del éxito de la sustitución de importaciones, la expansión de las exportaciones y la diversificación; también podía contribuir a la creación de una sociedad de la información y a la solución de los problemas ambientales. Además, podían establecerse relaciones entre las políticas sociales y la integración, disminuyendo así el grado de exposición de las empresas pequeñas y medianas (PYME) a las dificultades mundiales. Por consiguiente, era preciso reforzar las instituciones

regionales y subregionales tanto como las instituciones internacionales. En América Latina la integración regional había sido un éxito porque había una vocación y una larga tradición de integración. Los avances tecnológicos también hacían que fueran mayores las posibilidades de profundizar este proceso.

También se subrayó la falta de medidas efectivas en el frente social a pesar de la opinión generalizada de que es importante que se integren la dimensión social y la dimensión económica del desarrollo. Aunque en la región sólo había un país menos adelantado (PMA), recientemente se había deteriorado de forma considerable la situación de grupos desaventajados de muchos países. Las crisis siempre afectaban a los mismos grupos. Los gobiernos recibían muchas veces con frialdad los informes sobre cuestiones sociales. Las redes de seguridad social no bastaban; las políticas económicas tenían que incorporar objetivos sociales. Era urgente la necesidad de reforzar el diálogo interactivo, en particular dentro de los propios países. La sociedad civil podía ayudar a responder a los problemas sociales y mejorar la situación de los segmentos desaventajados de la sociedad. La mundialización tenía un impacto especialmente negativo sobre la situación de las mujeres, que eran los principales "gestores de la pobreza", y la UNCTAD tenía que conceder más importancia a la corrección de este hecho.

Hasta hace poco, el objetivo era reducir el papel del Estado. La nueva frontera es redefinirlo. Se necesita un Estado activo que sirva de complemento a los mercados mediante una actuación inteligente. Ha de apoyar la diversificación horizontal y especialmente la vertical en los países dependientes de productos básicos. Es preciso aumentar con ayuda internacional, la capacidad de absorber tecnología de las empresas y la capacidad de negociación de las PYME. Es necesario que las empresas busquen activamente la tecnología. En el curso del proceso de redefinición y reforzamiento del Estado, ha de fortalecerse también la sociedad civil. Las Naciones Unidas tienen un papel importante que desempeñar en este sentido así como en la respuesta a cuestiones complejas como las que plantean el medio ambiente y las normas laborales.

Las normas internacionales de comercio han de responder a las necesidades de todos los países y abrir la posibilidad de aplicar políticas con un fundamento social que todos, incluido el FMI, defiendan. La lección que debe extraerse de Seattle es que hay una conciencia crítica del proceso. La voluntad política de reforma también existe. Un sistema de comercio abierto y

justo, que suponga en particular la eliminación de las subvenciones en los países desarrollados, contribuirá considerablemente a mejorar los ingresos y las posibilidades de ahorro de los países de la región.

También cabe mencionar otras ideas que se expusieron sobre el proceso de reforma internacional, por ejemplo, la necesidad de movilidad de la mano de obra, de adoptar medidas para hacer frente a la volatilidad de las corrientes de capital a corto plazo y de contrarrestar la creciente influencia mundial de las megaempresas. También se manifestó interés por que hubiera la necesaria capacidad de dirección para establecer y mantener un sistema de mercado abierto y una arquitectura financiera que generara recursos sostenibles para el desarrollo.

-----